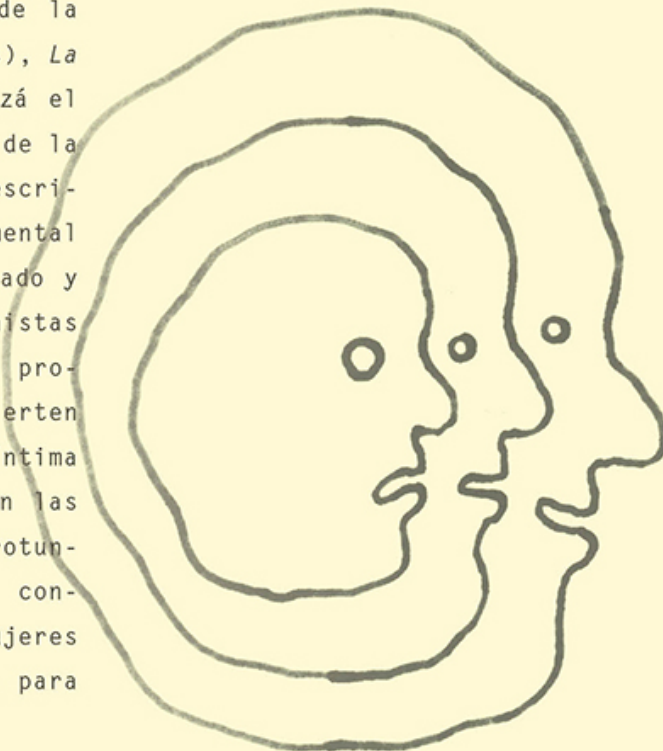


>> Una relación enferma, llena de epifanías y decepciones, herida por los prejuicios y el hostigamiento familiar, si no por el mismo impulso que la hizo nacer. Concebido como un epílogo al filme *Fanny y Alexander* y convertido en serie de televisión y largometraje por Bille August como *Las mejores intenciones* (ganador, a su vez, de la Palma de Oro en Cannes), *La buena voluntad* es quizá el título más importante de la obra de Bergman como escritor. La cercanía sentimental del autor con lo narrado y el peso de los protagonistas en la formación de su propia sensibilidad convierten esta novela en la más íntima de sus indagaciones en las pasiones humanas, un rotundo testimonio de la conducta de hombres y mujeres que Bergman aprovecha para

revisar y fijar la nómina completa de sus obsesiones: la incomunicación, los secretos, la mentira, la culpa, las relaciones de poder en el seno de la familia, el vértigo sexual, la convivencia en pareja, la esperanza (o la fe) y su pérdida. Y el rencor, como incesante y mórbido baile de máscaras.



fulgencio pimentel





Ingmar Bergman

La buena voluntad

TRADUCCIÓN DE MARINA TORRES

ILUSTRACIONES DE CUBIERTA
DE MANUEL MARSOL

FULGENCIO PIMENTEL

La principal

© Ingmar Bergman, 1991

Título original: Den goda viljan, publicado en 1991 por Norstedts Förlag

Publicado en acuerdo con Hedlund Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency

© 2021 Marina Torres por la traducción original, revisada por Marina Torres, César Sánchez y Alberto G^a Marcos

© 2021 Manuel Marsol por las ilustraciones de cubierta

© 2021 Fulgencio Pimentel en español para todo el mundo

www.fulgenciopimentel.com

Primera edición: marzo de 2021

Editor: César Sánchez

Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto G^a Marcos

Comunicación: Isabel Bellido

prensa@fulgenciopimentel.com

Los editores expresan su agradecimiento al Swedish Arts Council, que sufragó - parcialmente el coste de la traducción.

ISBN de la edición en papel: 978-84-17617-56-1

ISBN de la edición digital: 978-84-17617-70-7



Prefacio

I

II

III

IV

Prefacio

Los Åkerblom eran una familia muy amiga de fotografiarse. A la muerte de mis padres, heredé un buen número de álbumes; los primeros, de mediados del siglo XIX; los últimos, de principios de los años sesenta. Hay sin duda una enorme magia en esas imágenes, sobre todo si se examinan con ayuda de una lupa gigantesca: rostros, rostros, manos, posturas, ropas, joyas, rostros, animales domésticos, vistas, luces, rostros, cortinas, cuadros, alfombras, flores de verano, abedules, ríos, peinados, granos malignos, pechos que despuntan, majestuosos bigotes, esto puede continuar *ad infinitum*, así que será mejor parar. Pero, sobre todo, los rostros. Me meto en las imágenes y toco a las personas, a las que recuerdo y a aquellas de las que no sé nada. Esto es casi más divertido que los viejos filmes mudos que han perdido sus textos explicativos. Yo me invento mis propias pautas.

Ya desde la autobiográfica *Linterna mágica* me ha venido rondando la idea de hacer una película sobre los años jóvenes de mis padres, sobre los comienzos de su matrimonio, sus esperanzas, sus fracasos y su buena voluntad. Miro las fotografías y siento una fuerte atracción hacia esas dos personas que en casi todos los aspectos son tan diferentes de los seres medio esquivos y de míticas dimensiones que dominaron mi niñez y mi juventud.

Puesto que el cine y la imagen son mi forma especial de expresarme, empecé a dibujar de modo bastante vago un modelo de acción basado en testimonios, documentos y, como ya he dicho, fotografías. En mi representación anduve por las calles de Upsala cuando Upsala era una pequeña ciudad universitaria, apartada y medio dormida. Estuve en Dufnäs, en Dalecarlia, cuando Vårö, la finca de veraneo de mis abuelos

maternos, era todavía un paraíso especial e ilusorio alejado de las carreteras.

Escribí como estoy acostumbrado a hacerlo desde hace cincuenta años: de forma dramática, cinematográfica. En mi representación los actores pronunciaban sus réplicas en un escenario intensamente iluminado, rodeados de unos decorados algo difuminados pero maravillosamente claros. En el centro de esta notable puesta en escena se movían mi madre y mi padre, personalizados por Pernilla Östergren y Samuel Fröler.

No pretendo afirmar que haya sido siempre respetuoso con la verdad en mi narración. He exagerado, añadido, quitado y cambiado de orden. Pero, como suele ocurrir en este tipo de juegos, el juego ha resultado seguramente más claro que la realidad.

Como, sin el menor asomo de amargura, sabía que no iba a dirigir mi saga, fui más minucioso que de ordinario en mis descripciones, hasta en las de detalles bastante insignificantes, incluso en cosas que nunca podría registrar una cámara, salvo, tal vez, como sugerencias a los actores.

De esta manera se fue desarrollando la historia durante un verano en Fårö. Fui tocando con cuidado los rostros y los destinos de mis padres y me parece que aprendí mucho de mí mismo. Mucho que ha estado escondido bajo capas de represiones polvorientas y formulaciones conciliadoras carentes de sentido.

Este libro no se ha adaptado ni en una sola coma a la película. Se ha mantenido como fue escrito: las palabras se yerguen incontestables y ojalá vivan su propia vida, como una representación propia en la mente del lector.

Ingmar Bergman
Fårö, 25 de agosto de 1991

Elijo un día de invierno primaveral a principios de abril de 1909. Henrik Bergman acaba de cumplir veintitrés años y estudia Teología en la Universidad de Upsala. En este momento va subiendo por la calle Östra Slottsgatan camino de Drottninggatan y el hotel Stad, donde va a encontrarse con su abuelo paterno. Aún queda nieve en la cuesta del castillo, pero el aguanieve corre por los arroyos y las nubes desfilan en procesión.

El hotel es un edificio alargado de dos plantas, agazapado bajo la catedral. Los grajos graznan alrededor de las torres y un pequeño tranvía azul va bajando la cuesta con cuidado. No se ve un alma. Es sábado por la mañana, los estudiantes duermen y los profesores preparan sus conferencias.

Sentado en la recepción hay un hombre entrado en años y de mirada distinguida, leyendo el periódico *Upsala Nya*. Hace esperar a Henry un conveniente número de instantes, dobla a continuación la página y dice con cortesía nasal que sí, que el abuelo del señor lo espera en la habitación 17, por la escalera de la izquierda. Seguidamente se ajusta los quevedos y vuelve a la lectura. Se oyen ruidos y voces de mujer en la cocina. Un olor acre a cigarro apagado y a arenque frito se funde con el humo de una poderosa estufa de carbón que retumba en un rincón.

El impulso de Henrik es huir, pero las piernas lo suben por la crujiente y alfombrada escalera de madera y lo conducen a través del pasillo amarillento hasta la puerta 17. Junto al umbral están las botas recién lustradas del abuelo. Henrik respira profundamente antes de llamar. Una voz sonora, bastante clara, dice pasa, pasa, está abierto.

La habitación es grande, con tres ventanas que dan al patio empedrado, a las cuadras y a los todavía desnudos olmos. En la pared larga hay dos camas con los cabeceros de caoba. En la pared de enfrente campea el lavabo con la palangana, las jarras y unas toallas bordadas en rojo. El mobiliario se completa con un

tresillo y una mesa redonda sobre la que hay una bandeja de desayuno. Sobre las tablas nudosas del suelo se extiende una gastada alfombra de incierta procedencia oriental. En el empapelado marrón y de suave dibujo de las paredes cuelgan grabados de cobre con motivos de caza.

Fredrik Bergman se levanta trabajosamente del sillón y va al encuentro de su nieto. Es un hombre alto, más alto que el muchacho, fuerte y huesudo, de nariz grande, pelo gris y corto, patillas, pero sin barba ni bigote. Tras la montura de oro de las gafas miran los ojos azul oscuro con los cercos un poco enrojecidos. Extiende una mano fuerte con las uñas rotas, pero limpias. Ambos hombres se saludan sin sonreír. El viejo le señala a su nieto una silla de gastada funda y patas torneadas.

Fredrik Bergman permanece de pie contemplando a Henrik con curiosidad, pero sin complacencia. Henrik mira a través de la ventana. Un carro arrastrado por dos caballos rueda con estrépito sobre los adoquines del patio. Cuando se calla el ruido, toma el abuelo la palabra. Habla de modo meticuloso y claro, como quien está acostumbrado a hacerse entender y obedecer.

FREDRIK BERGMAN: Como ya sabrás, tu abuela está enferma. La operó hace unos días el doctor Oldenburg en el Hospital Clínico. Dice que no hay ninguna esperanza.

Fredrik Bergman calla y se sienta. Sigue con la punta del bastón los dibujos de la alfombra, parece muy interesado en ellos. Henrik endurece su corazón y se muestra indiferente. Su hermoso rostro está tranquilo, los ojos grandes de un azul suave, la boca fuertemente apretada bajo el cuidado bigote: yo no diré ni una palabra, yo a escuchar, ese hombre que está ahí no tiene nada importante que decirme. El abuelo carraspea, la voz es firme; él habla, lenta y clara con una sombra de acento.

FREDRIK BERGMAN: Tu abuela y yo hemos hablado bastante de ti estos últimos días.

Alguien ríe en el pasillo andando a paso rápido. Un reloj da los tres cuartos.

FREDRIK BERGMAN: Tu abuela dice, y lo ha dicho siempre, que cometimos una injusticia con tu madre y contigo. Yo sostengo que cada uno tiene que asumir la responsabilidad de su vida y de sus propios actos. Tu padre rompió con nosotros y se trasladó a otro sitio con su familia. Fue su decisión y su responsabilidad. Tu abuela dice, y lo ha dicho siempre, que debíamos habernos ocupado de ti y de tu madre cuando murió tu padre. Mi opinión era que él había hecho su elección, tanto para sí mismo como para su familia. La muerte, a ese respecto, no cambia nada. Tu abuela siempre ha dicho que hemos sido despiadados, que no nos hemos comportado como buenos cristianos. Ese es un razonamiento que yo no entiendo.

HENRIK (de súbito): Si usted me ha llamado para explicarme su postura respecto a mi madre y a mí, le diré que la sé y la he sabido siempre. Cada cual responde de sí mismo. Y de sus actos. En eso estamos de acuerdo. ¿Puedo irme ahora? Es que tengo que preparar un examen. Siento que mi abuela esté enferma. Quizás usted sea tan amable de saludarla de mi parte.

Henrik se levanta y mira a su abuelo con un desprecio tranquilo y sincero. Fredrik Bergman hace un gesto de impaciencia que se propaga a través de todo su corpachón.

FREDRIK BERGMAN: Siéntate y no me interrumpas. No voy a extenderme mucho. ¡Que te sientes, digo! Tal vez no tengas ningún motivo para quererme, pero eso no significa que tengas que ser maleducado.

HENRIK (se sienta): ¿Y bien?...

FREDRIK BERGMAN: Tu abuela me ha dicho que hable contigo. Dice que es su último deseo. Dice que vayas a verla al hospital. Dice que quiere pedirte perdón por todo el daño que yo y ella y nuestra familia os hemos hecho a ti y a tu madre.

HENRIK: Cuando yo era un recién nacido y mi madre viuda, hicimos el largo camino desde Kalmar hasta su finca en busca de ayuda. Nos asignaron dos cuartuchos en la ciudad de Söderhamn y una pensión de treinta coronas al mes.

FREDRIK BERGMAN: Fue mi hermano Hindrich quien se ocupó de las cosas prácticas. Yo no tuve nada que ver con el arreglo económico. Tu abuela y yo vivíamos en Estocolmo durante el año legislativo.

HENRIK: Esta conversación no tiene el más mínimo sentido. Además, es penoso tener que ver cómo un señor mayor, al que siempre he respetado por su falta de humanidad, pierde la cabeza de repente y se pone sentimental.

Fredrik Bergman se levanta y se coloca frente a su nieto. Se quita las gafas de oro con un gesto iracundo.

FREDRIK BERGMAN: No puedo volver al lado de tu abuela diciéndole que te niegas. No puedo volver junto a ella diciéndole que no quieres ir a verla.

HENRIK: Pues a mí me parece que no hay otra salida.

FREDRIK BERGMAN: Voy a proponerte una cosa. Yo sé que tus tías, las de Elfvik, os han concedido un préstamo para que puedas arreglártelas aquí, en Upsala. También sé que tu madre se gana la vida dando clases de piano. Te ofrezco la cancelación del préstamo y una pensión adecuada para tu madre y para ti.

Henrik no contesta. Contempla la frente del anciano, sus mejillas, la barbilla en la que hay una pequeña herida producida

al afeitarse por la mañana. Observa la gran oreja, el pulso que late en la garganta por encima del cuello almidonado.

HENRIK: ¿Qué quiere usted que le conteste?

FREDRIK BERGMAN: Te pareces mucho a tu padre, ¿sabes, Henrik?

HENRIK: Eso dicen, sí. Mi madre lo dice.

FREDRIK BERGMAN: Yo nunca pude entender por qué me odiaba tanto.

HENRIK: Ya me he dado cuenta de que usted nunca lo entendió.

FREDRIK BERGMAN: Yo fui campesino y mi hermano sacerdote. Nadie nos preguntó nunca lo que queríamos o lo que no queríamos. ¿Por qué ha de tener tanta importancia?

HENRIK: ¿Importancia?

FREDRIK BERGMAN: Yo nunca he sentido ni odio ni amargura hacia mis padres. O tal vez lo haya olvidado.

HENRIK: ¡Qué práctico!

FREDRIK BERGMAN: ¿Qué dices? ¡Ah!, práctico. Sí, ¿por qué no? Tu padre tenía unas ideas muy vivas sobre la libertad. Siempre estaba diciendo que debía «tener su libertad». Y así se convirtió en un boticario arruinado en Öland. A eso se redujo su libertad.

HENRIK: Está usted burlándose de él. (Silencio).

FREDRIK BERGMAN: Bueno, ¿qué dices de mi oferta? Yo costeo tus estudios, le paso una pensión mensual y vitalicia a tu madre y os cancelo el préstamo. Lo único que tienes que hacer es ir al Hospital Clínico, a la sección doce, y reconciliarte con tu abuela.

HENRIK: ¿Cómo puedo fiarme de que no me engaña?

Fredrik Bergman se ríe brevemente. No es una risa amable, pero hay aprecio en ella.

FREDRIK BERGMAN: Mi palabra de honor, Henrik. (*Pausa*). Te lo daré por escrito. (*Alegremente*). Hagamos un contrato. Tú decides las cantidades y yo firmo. ¿Qué te parece, Henrik?

(*Súbitamente*). Tu abuela y yo hemos vivido juntos casi cuarenta años. Y ahora duele, Henrik. Duele mucho. Los dolores físicos son enormes, pero pueden calmárselos en el hospital, al menos por ahora. Lo difícil es que sufre espiritualmente. Y lo que yo te pido es un minuto de compasión. No para mí, no. Para ella. Vas a ser sacerdote, ¿no, Henrik? Algo sabrás del amor, del amor cristiano. Para mí eso no es más que palabrería y subterfugios, pero para ti eso del amor tiene que ser real. Apíadate de un ser humano, enfermo y atormentado. Te daré lo que quieras. Tú decides cuánto. No regateo. Pero tienes que ayudar a tu abuela en su sufrimiento. (Pausa). ¿Oyes lo que digo?

HENRIK: Vaya junto a la mujer que llaman mi abuela y díglele que vivió toda su vida al lado de su esposo sin ayudarnos ni a mi madre ni a mí. Sin enfrentarse a usted. Sabía de nuestra indigencia y nos mandaba pequeños regalos para las fiestas de Navidad y los cumpleaños. Díglele a esa mujer que ha elegido su vida y su muerte. Mi perdón no lo tendrá nunca. Díglele que la desprecio a causa de mi madre y de mí mismo de la misma manera que lo aborrezco a usted y a la gente de su calaña. Yo nunca seré como usted.

Fredrik Bergman agarra con fuerza el brazo del muchacho y lo sacude despacio. Henrik lo mira.

HENRIK: ¿Piensa pegarme, abuelo?

Se libera y sale lentamente de la habitación, cierra la puerta con cuidado y se aleja por el oscuro pasillo. Unas lámparas de gas parpadean en la tenue luz diurna desde tres ventanas sucias allá arriba, bajo el tejado.

La primera semana de mayo Henrik se va a examinar de Historia de la Iglesia con el temible profesor Sundelius.

Son las cinco y media de la mañana de un lunes. El sol luce con fuerza tras la persiana raída en el sencillo alojamiento del joven, donde cabe una cama desvencijada, una mesa raquítica, desbordada de libros y compendios, una silla de escritorio, una librería llena hasta los topes que ha visto tiempos mejores pero no mejores libros, un lavabo con la palangana desconchada, la jarra a juego, cubo y orinal, y una butaca con tres patas apoyada en cuatro volúmenes de la ilegible *Exégesis* de Malmström. Dos lámparas de queroseno (¡sorprendente lujo!), una en el techo, bajo y lleno de manchas de humedad que dibujan continentes; la otra en el escritorio, velando dos fotografías: la madre, cuando todavía era joven y atractiva, y la novia, blanca y hermosa, de mirada clara y amplia sonrisa. En el piso, irregular, unas cuantas alfombras de trapo de calidad irrompible. En los abollados papeles que cubren las paredes, reproducciones de motivos bíblicos. En el rincón junto a la puerta se eleva una estrecha estufa de azulejos floreados. Este habitáculo estudiantil respira pobreza, pureza luterana restregada con jabón verde y tabaco de pipa agrio. La vista al patio consiste en una pared medianera y siete retretes que se apoyan con zozobra unos en otros y en el muro. En los tilos casi abiertos alborotan los pájaros. El hombre de la leña ya ha empezado a aserrar en el sótano. En algún lugar grita un niño de pecho pidiendo teta. Son, pues, las cinco y media y Henrik se despierta con un hachazo en el estómago: el examen de Historia de la Iglesia. El temible profesor Sundelius

Justus Bark entra sin llamar. Tiene la misma edad que Henrik pero es bajo y corpulento, de ojos oscuros, nariz grande, pelo negro. Habla con acento de la región de Hälsingeland y tiene los dientes mellados. Va pulcramente vestido con un traje oscuro, camisa blanca, cuello y puños postizos, corbata negra y zapatos desesperadamente brillantes, pero gastados.

JUSTUS: *Ecclesia invisibilis, ecclesia militans, ecclesia pressa, ecclesia regnans* y, finalmente y sobre todo, *ecclesia triumphans*. ¿Sabes qué es lo peor de todo con el viejo Sundelius? Me lo contó Gyllen ayer por la tarde. Gyllen falló en lo ecuménico porque no sabía que la Iglesia católica romana había celebrado veinte concilios, pero que la Iglesia católica griega solo reconocía los siete primeros. ¿Qué concilios reconocían los griegos?

HENRIK: Nicea, año 325; Constantinopla, 381; Éfeso, 431; Caledonia, 451. Constantinopla, otra vez años 553 y 680; y Nicea, 787.

JUSTUS: Bravo, bravo, señor bachiller. Gyllen no lo sabía y el temible Sundelius le suspendió. Primera pregunta, respuesta errónea, fuera. Ahora tenemos miedo, miedo de verdad, he tomado demasiado café, de ese brebaje que llaman café. ¿Tienes unas hojas de té que prestarme? Me arde el estómago como el infierno.

HENRIK: En el armario, Justus. Nos vemos dentro de diez minutos. Abajo, al pie de la escalera. Y despiertos.

JUSTUS: Gyllen es rico. Le suspende Sundelius a los tres minutos de examen, se encoge de hombros y se va de vacaciones después del baile de la primavera. Y se prepara la Historia de la Iglesia para Navidad. ¿Me harías el favor de...?

HENRIK: *No, gracias. Amicus.*

JUSTUS: ¿Qué es ese cardenal que tienes en el pecho?

HENRIK: Es Frida. Muerde.

JUSTUS: Nos vemos dentro de diez minutos.

HENRIK: *Pax tecum.*

Cuando Justus abandona la habitación, Henrik se queda desnudo unos instantes en la intensa luz solar, trata de respirar despacio y dice en voz muy baja: ¿Me ayudarás, Señor? Como salga mal hoy, será una catástrofe. Ya se podía poner enfermo el viejo Sundelius y mandar al bueno del auxiliar. No sería la primera vez.

Pero justamente esa mañana, el temible profesor Sundelius no está en absoluto enfermo, más bien al contrario. A las ocho menos diez hay tres examinandos esperando sentados en el espacioso vestíbulo. Porque el profesor se ha casado con una mujer rica y vive en un suntuoso piso de doce habitaciones en la plaza Vaksala. La puerta del comedor está abierta, dos sirvientas uniformadas de azul y blanco quitan la mesa del desayuno. La esposa del profesor, majestuosa pero algo coja, se deja ver durante unos segundos. Echa una mirada rápida e impertinente a los pálidos examinandos que se levantan y se inclinan respetuosamente con lisonjera sonrisa —como si fuera a servirles de algo—. El reloj de la sala da las ocho con sordas campanadas: «No escuches el reloj de tu sepulcro que te llama a comparecer ante Dios o ante Satán», piensa Henrik citando a Macbeth, acto segundo, primera escena. El secretario del profesor (porque tiene secretario, es muy rico, se dice que será ministro en la próxima remodelación del Gobierno), el secretario, pues, es una persona bastante desabrida, sufre de soriasis, tiene los ojos acuosos y disfruta en secreto del terror que propaga cuando, con humilde entonación, llama a los tres jóvenes al despacho del profesor.

El profesor Sundelius es un hombre gallardo de unos cincuenta años, con un rostro franco, cutis sonrosado, abundante pelo entrecano y barba. Viste un bien cortado batín que pone de relieve lo proporcionado de su figura. Anda a paso rápido sobre la alfombra oriental, extiende sonriendo una mano musculosa y saluda cordialmente a los delincuentes.

El despacho es grande pero bastante oscuro. Pesados cortinajes dejan fuera el luminoso día de primavera. Aquí dentro imperan los olores y el silencio de los libros. Un escritorio enorme como un castillo. Muebles de piel. Tres sillas barnizadas de oscuro con asiento de mimbre y respaldo recto, preparadas, lámparas brillantes, oscuros cuadros de marcos dorados y un tenue resplandor de cuerpos femeninos.

El catedrático se sienta ante el escritorio e invita a los jóvenes a hacer lo propio en las tres sillas. Escoge un habano (el primer

habano después del desayuno) de una caja de plata, le corta cuidadosamente la punta y lo enciende.

PROFESOR SUNDELIUS: No hay nada comparable al puro del desayuno. En confianza les diré que este es un habano auténtico. Fíjense lo bien que prende. Fíjense lo bien que absorben el fuego los finos nervios de la hoja de tabaco y lo suavemente que se convierten en ceniza.

El catedrático y sus examinandos meditan unos segundos acerca de la belleza de fumar puros, seguidamente Sundelius se inclina y extiende en silencio su manaza. Los estudiantes entienden al momento que deben entregarle sus boletines de notas. El profesor los coloca en fila sobre la carpeta.

PROFESOR SUNDELIUS: ¿Quién de ustedes quiere empezar? ¿Quién quiere parar el primer golpe? Como ustedes seguramente saben, tengo fama de exigente. No es mala voluntad, sino una actitud bien pensada que, con los años, me ha proporcionado muchos epítetos poco halagüeños. Bueno, sea por lo que sea, la cuestión es que hay demasiados teólogos vagos, torpes y mal formados. Yo quiero contribuir a mejorar la fama y la situación de ustedes manteniendo unas exigencias razonables. Con frecuencia se dice: un sacerdote es un pastor de almas, ¿de qué le sirve a sus feligreses que sepa algo de Bonifacio VII y de la que armó? Ese es un razonamiento capcioso y erróneo. Un buen dominio de la Historia de la Iglesia exige aplicación, interés, visión de conjunto, buena memoria y disciplina. Cualidades todas ellas buenas en un sacerdote. Yo manejo una criba para que no pasen los idiotas, los vagos y los charlatanes. Algo es algo, ¿no les parece, señores?

Tres pálidas sonrisas y algunos asentimientos ahogados; después, silencio. El tercero de los tres, Baltsar, carraspea. No hay mucho que decir de él. Es uno del grupo que va a comer a Kalla Märta, está delgado y tiene la piel de un amarillo enfermizo, ojos saltones, apagados y mal aliento. Baltsar ya no se cuenta entre los vivos. Apenas un año después de este día se introdujo un cartucho de dinamita en la boca y explotó entre los famosos y recién abiertos lirios del valle de la ciudad. No quedó mucho que enterrar.

PROFESOR SUNDELIUS (*DE BUEN HUMOR*): Bien, muy bien, señor Bejer. Vamos a hablar de escolástica, materia amplia y rica donde las haya, y vamos a empezar por la llamada escolástica primitiva, cuyos primeros representantes fueron...

BALTSAR: ... Juan Escoto Eriúgena y Anselmo de Canterbury. En la Alta Edad Media. Año 900.

P. SUNDELIUS: Más o menos. Sí. ¿Y qué es lo que caracterizaba a estos dos señores?

BALTSAR: Juan Eriúgena sostenía que la verdadera religión y la verdadera filosofía son una misma cosa. Anselmo de Canterbury afirmaba que los conceptos universales, es decir, las ideas, son realidades y no solo palabras. *Credo ut intelligam*.

P. SUNDELIUS: ... *Nihil credendum nisi intellectum*.

BALTSAR: Eso no lo dijo Anselmo sino, en cierto modo, su adversario Abelardo. Según él, la razón desempeñaba un papel fundamental. Pretendía limitar la fe en la autoridad que juzgaba peligrosa. Eso le ganó poderosos enemigos.

P. SUNDELIUS: Volveremos a la antigua escolástica y a Tomás de Aquino enseguida. Señor Bergman, su tema será lo apostólico. ¿Quiere enumerar algunos de los padres apostólicos? ¿Qué autores se consideran los primeros discípulos de los apóstoles?

HENRIK: Bernabé.

P. SUNDELIUS: Exacto. Pero hay algunas otras figuras muy importantes.

HENRIK: Clemente de Roma. (Pausa). Policarpo.

P. SUNDELIUS: Otros tres, señor Bergman.

HENRIK: Pues... no.

P. SUNDELIUS: ¿Qué significa una «congregación apostólica»?

HENRIK: Son las congregaciones que los propios apóstoles fundaron en Roma, Éfeso y Corinto.

P. SUNDELIUS: ¿Otras?

HENRIK: Éfeso.

P. SUNDELIUS: Éfeso ya lo ha dicho.

HENRIK: Alejandría.

P. SUNDELIUS: Alejandría, no; Antioquía, Jerusalén.

HENRIK: ¡Ah, sí!

P. SUNDELIUS: ¿Qué quiere decir «símbolo de los apóstoles»?

HENRIK: Es algo que tiene que ver con la fe, pero no sé más.

Henrik se mira las uñas. La catástrofe es un hecho. Baltsar y Justus ni respiran. El profesor Sundelius guarda silencio. Una soñolienta mosca primaveral zumba en el delgado rayo de sol que dejan pasar los pesados cortinajes de la ventana.

Casi un minuto completo se pierde en la eternidad. El catedrático mira con atención al aspirante Bergman. Se vuelve hacia el escritorio y hojea el boletín de notas, que le entrega a continuación a Henrik.

PROFESOR SUNDELIUS: Vaya usted a darse un buen paseo por el Jardín Botánico. Hay mucho de lo que maravillarse en esta época primaveral. O se cree en el Dios sapientísimo o no se cree. Adiós, señor Bergman, y sea usted bienvenido a finales de noviembre. Tal vez debo añadir que mi alocución preliminar no se refiere a usted. Yo creo que usted va a ser un buen sacerdote, independientemente del símbolo de la fe o de los santos apóstoles.

El profesor inclina la cabeza, indicando así que Henrik debe retirarse. No puede afirmarse que el Temible sonría, pero

contempla a Henrik con algo parecido a la curiosidad. Es el final. Salir por la puerta, atravesar el comedor cuyo suelo de parqué están encerando de rodillas, el vestíbulo para agarrar la gorra de bachiller. Bajar las escaleras de mármol, que resuenan. La enorme puerta retumba. En medio de la calle desfila una banda de música que toca como puede, sol deslumbrante, la gente se para a mirar o anda al compás. Un joven larguirucho, sin sombrero, con pelo oscuro y ralo, ojos oscuros y cuidado bigote, se detiene frente a Henrik y le toca el brazo con su elegante bastón.

ERNST: ¡Hola, Bergman! No te olvidarás del ensayo del coro esta noche, ¿eh? Va a venir Hugo Alfvén. Después iremos de juerga.

Hace una inclinación de cabeza y desaparece.

Vamos a hablar ahora de Frida Strandberg, novia de Henrik desde hace dos años. Verdad es que se trata de un noviazgo extraordinariamente secreto, solo los más íntimos lo saben, ni la madre de Henrik ni las tías de Elfvik están informadas. La familia de la muchacha, allá en la provincia de Ångermanland, tampoco sabe nada. Y sin embargo es un noviazgo en toda regla, con anillos de compromiso, promesas sagradas, velas y tiernos besos.

Frida es tres años mayor que su novio y trabaja como camarera en el hotel Gillet, uno de los más elegantes de la ciudad. Como muchos de los otros empleados, vive en uno de los míseros cuchitriles expuestos a las corrientes de aire, en lo más alto de la buhardilla superior de la mole del edificio. Las consecuencias morales de esta promiscua forma de vivir no le preocupan a la dirección del hotel, pero las correrías nocturnas están prohibidas. La única entrada de personal que existe está bajo la

vigilancia de un cancerbero y su esposa, a quienes se considera carentes de la necesidad de sueño normal.

Frida es una mujer guapa, alta, algo huesuda, con los pechos altos y las caderas redondas bajo la larga y estrecha falda. Lleva el pelo rubio ceniza peinado en un tupé sobre la frente y recogido en un moño sencillo en lo alto de la cabeza. Sus ojos son grandes, casi redondos, observadores, apreciativos, curiosos. Tiene la risa fácil, sorprendentemente grande, los labios bien dibujados pero delgados, la barbilla redonda y firme. Da la impresión de ser decidida, con esa barbilla. La nariz es larga y bien formada. Habla deprisa y con mucho acento, se mueve con vivacidad, tiene un andar airoso lo mismo cuando lleva pesadas bandejas en el comedor del hotel que cuando sale a pasear los domingos por el parque Fyris con su novio.

Se conocieron por casualidad. A uno de los compañeros de Henrik, de los que iban a los comedores de Kalla Märta, le había tocado una herencia de una tía muerta y quiso celebrarlo. Fueron al restaurante Flustret, junto al estanque de los Cisnes. Frida hacía una suplencia durante el verano en el piso superior, donde estaban los reservados. Era una noche cálida, las ventanas abiertas dejaban entrar pesados aromas balsámicos y música militar del templete.

Todos acabaron borrachos, Henrik el que más. Cuando el grupo decidió irse al burdel de Svartbäcken no hubo manera de reanimar al teólogo, así que lo dejaron en manos de su destino o de Frida, quien más tarde (una vez terminado su trabajo, a las dos de la madrugada) buscó un coche. Consiguió a fuerza de melindres la dirección y, con ayuda del cochero, subió a rastras al estudiante, que seguía borracho como una cuba, por las escaleras hasta su habitación. Lo único que ocurrió esa noche fue que Henrik vomitó en la falda de Frida, se dio con la cabeza en el borde de la mesa y sangró bastante.

Dos días después Henrik se encaminó hacia el restaurante Flustret con un costoso ramo de flores. La encontró en la destartada parte de atrás, donde descansaba un momento con una taza de café y un cigarrillo. Ambos se sintieron sumamente

turbados. Henrik se disculpó por su vituperable comportamiento y exigió sufragar los costos de Frida por la limpieza de la falda. Ella no supo qué contestar, porque la falda no se podía lavar, se había estropeado. Al mismo tiempo se dio cuenta de que Henrik apenas tenía dinero para comprar otra.

Frida terminó el café, apagó el cigarrillo y guardó la colilla en una cajita de estaño. Luego se levantó y dijo que se le había acabado el descanso, pero que si quería que se vieran, ella terminaba a las dos. Él se sentó en un velador de mármol, fuera, en uno de los grandes cenadores de lilas, pidió un agua mineral y se quedó mirando a la gente y oyendo la música del regimiento, los graznidos de los gansos y la corriente bajo el puente Island.

Cuando llegó la hora acompañó a Frida hasta el hotel Gillet y allí le besó la mano, cosa que había aprendido de su madre. Le explicó además que estaba solo en Upsala, en Suecia, en el mundo y en el universo. Frida se reía asombrada y un tanto desconcertada, y le propuso hacer una excursión a Graneberg. El próximo domingo estaba libre.

Así empezó una relación que no tardó en convertirse en convivencia. A Henrik le atormentaban el remordimiento de los pecados, la lujuria y unos celos salvajes. Frida se valía de astucias, sentido común, mentiras blancas y estrategia para calmar a esta criatura excitada y confusa. Le enseñó también qué tenían que hacer para evitar consecuencias, lo que a su vez desencadenó un ataque de celos retrospectivos. Frida era dulce y suave, y Henrik armaba escándalos. Pronto fueron inseparables.

Poco después se prometieron, en secreto. Henrik no se atrevió a hablar con su madre de Frida, pero Frida no se enfadó. Ella esperaba su momento. Convertirse en la acomodada esposa de un sacerdote podía ser un buen porvenir. Soñaba con frecuencia y de buena gana con una vida así, pero esos sueños los guardaba para sí misma. Frida sabía mucho de la vida y era lo bastante sensata para sacar conclusiones y hacer planes. Henrik en cambio no sabía nada, porque una montaña de exigencias le ocultaba el panorama. Vivía hundido en sus propias coerciones

y en expectativas ajenas. Al lado de Frida podía sentir súbitas punzadas de felicidad o como se llamara ese sentimiento desconocido que le sorprendía y le hacía brotar cálidas lágrimas bajo los párpados.

Cuando Frida llegó a casa de Henrik la noche del examen, ya era bastante tarde. Había conseguido cambiar un turno con el indulgente permiso del jefe de comedor. Dieron las diez en la catedral y se encontró la puerta abierta y el cuarto casi a oscuras. Henrik estaba en la cama con un brazo sobre el rostro. Al acercarse ella despacio, él se sentó.

FRIDA: Pasó Justus y me lo contó. ¿Has comido? ¿No has comido nada en todo el día? Ya me lo temía yo, así que me he traído una cerveza y unos fiambres de la cocina. La señorita Hilda, ya sabes, aquella que nos encontramos en el concierto de la iglesia de la Trinidad, te manda saludos. Dice que le pareciste muy guapo, pero demasiado delgado. Déjame encender la lámpara para poner la mesa. Tendré que apartar un poco los libros.

Desempeña sus tareas silenciosa y tenazmente. Henrik la mira sintiendo pesar y alivio a un tiempo. Además, tiene unas ganas de orinar terribles.

HENRIK: Tengo que bajar a mear. Es que no he meado en todo el día.

FRIDA: ¡No se puede estar tan triste como para no mear!

Henrik sonríe a medias, desaparece por el pasillo y se le oye bajar la escalera. Frida sirve la cerveza en el vaso de lavarse los dientes, se sienta a la mesa, enciende un cigarrillo y contempla la fotografía de la madre de Henrik. Su mirada va a través de la ventana hacia la pared medianera y el patio. Allí está Henrik, a la

condenado del infierno, un demonio. Tu barba es preciosa, de veras. Espero que Anna pueda disfrutarla.

HENRIK: A Anna no le gusta que lleve barba.

MAGDA: ¡Qué lástima!

HENRIK: Seguro que llegas a casa antes de que oscurezca.

La puerta de la cocina se cierra. La puerta exterior se resiste, la pila de nieve ha crecido. Se cierra con un golpe sordo. Magda va a paso rápido hacia la verja, coloca el trineo de patín delante.

Y Henrik se queda solo.

¿Grita? No.

¿Empieza a llorar, inclinado sobre la mesa de la cocina? Es posible.

¿Pasea arriba y abajo por el helado comedor?

Podría pensarse, pero no lo hace.

¿Qué podría hacer?

Se sienta a la mesa de la cocina y se inclina sobre el sermón a medio escribir.

Enciende la pipa. Enciende la lámpara de queroseno.

Mira un momento por la ventana.

El envolvente ocaso, la nieve.

El frío.

Aquí podría terminar el juego, todo final y todo principio tienen que ser arbitrarios, puesto que lo que cuento es un trozo de vida, no una invención. No obstante, me he decidido a añadir un epílogo, imaginado en su totalidad. No hay ninguna documentación de la primera mitad del año 1918.

En todo caso, ya es primavera, casi verano, mes de junio. Los estudiantes se han examinado, han celebrado, festejado, cantado y desaparecido, los catedráticos y los profesores han bajado las persianas y se han ido al campo. Las calles están silenciosas y los parques exhalan aroma. La sombra de los árboles se hace más profunda. El río Fyris mana blandamente. El tranvía reduce su

horario a la mitad y las viejecitas vestidas de negro, que han permanecido en casa todo el invierno, aparecen súbitamente. Rastrillan las sepulturas, miran en los espejos de cotilleo tras las cortinas, se sientan en los bancos del jardín Botánico o del parque Municipal y dejan que les entre el sol en las articulaciones y en las vértebras.

A las siete de la mañana, un soleado jueves de principios de junio, llega un tren de mercancías de Norrland a la plataforma de carga de la estación Central de Upsala. Al final del tren hay (así era en aquellos tiempos) dos viejos vagones de pasajeros, con asientos de madera, escupideras y una estufa de hierro, pero sin el menor rastro de comodidades. Desciende un solo pasajero. El restaurante acaba de abrir, entra y pide un desayuno sencillo (no hay mucho donde elegir, la crisis se ha acentuado). A continuación va al servicio y se lava, se afeita y se cambia de camisa. Lleva un pulcro traje oscuro. Guarda sus pertenencias en un gastado maletín negro que, junto con el sombrero y el impermeable, deja en la consigna.

Después se encamina sin prisas por Drottninggatan y tuerce por Trädgårdsgatan. Allí se apostea frente a la casa número 12, bien oculto tras las verjas del patio del instituto. No se ve a nadie. El pequeño tranvía desaparece chirriando, por la cuesta. Los patos silvestres graznan en el estanque de los Cisnes. El sol brilla, las sombras se achican. En la catedral dan las diez.

La puerta se abre y Karin Åkerblom sale a la intensa luz blanca. Empuja una sillita de niño, Dag va a su lado y se agarra firmemente al brazo de la silla. Luego aparece la que ha sostenido la puerta. Es Anna. El embarazo está muy avanzado; lleva un traje claro y botines blancos. La cabeza al aire. El abrigo de verano lo ha puesto en la sillita. El pequeño grupo tuerce a la izquierda y van andando sin prisas hacia el estanque Svan. No ven a Henrik, que los sigue despacio por la acera de enfrente, oculto por las profundas sombras de los árboles y las casas. Las dos mujeres se detienen y doña Karin pone al niño en la sillita, está de rodillas, vuelto hacia delante, y mira el mundo a su alrededor con gesto satisfecho. Vuelven a ponerse en

movimiento. Doña Karin le dice algo a su hija, Anna vuelve la cabeza hacia la izquierda y sonríe, contesta. Ambas sonríen, seguramente hablan del niño.

Dan la vuelta al estanque de los Cisnes y se paran delante del restaurante Flustret, que acaba de abrir la terraza. El viento sopla en los grandes árboles. Henrik está al otro lado del estanque. Dag echa de comer a los patos. Anna le va dando trocitos de pan de una bolsa de papel. Doña Karin dice alguna cosa y Anna se echa a reír. Puede oír su risa, aunque está bastante lejos. Hace viento y el viento se lleva la risa.

Anna toma el abrigo de la sillita y un libro, se agacha y se ata un cordón de los botines, se vuelve hacia el hijo y le dice algo, lo besa. Luego se incorpora, le hace un gesto con la cabeza a su madre y va paseando lentamente hacia la frondosa calma de los jardines municipales. Henrik la sigue.

Ella se sienta en un banco, a la sombra de los tilos. Al otro lado del camino de gravilla chapotea un surtidor rodeado de esplendorosos macizos de flores. Se sienta pesadamente, dobla la espalda hacia atrás, se aparta el pelo de la frente (es que hace viento) y abre el libro.

Henrik se esconde en la proximidad. Tal vez es invisible, tal vez está allí solo en sus pensamientos, tal vez esto es un sueño. La contempla: la nuca inclinada, las oscuras pestañas, la dulce boca, la trenza en la espalda, las manos que sostienen el libro, el enorme vientre, qué vientre más enorme, el botín bajo la bastilla de la falda. Ella pasa la hoja, deja de leer, levanta la mirada, el surtidor chapotea, el viento sopla sobre los tilos, se oyen zumbidos entre las flores de los arriates, un tordo repite obstinadamente la misma tonada, a lo lejos silba una sirena. Estoy aquí, muy cerca, ¿no me ves? Ella baja el libro, lo deja en el banco, posa las palmas en el banco. ¿No me ves? No. Sí. Ella vuelve la mirada en su dirección, lo ve, se tapa la cara con las manos, inmóvil.

ANNA: ¿Qué quieres?

HENRIK: Un impulso. Oí que había un mercancías por la noche.

ANNA: ¿Qué quieres?

HENRIK: *No sé. Quiero decir que...* (Calla).

ANNA (calla).

HENRIK: Pienso todo el tiempo en ti y en el niño. Tengo demasiada nostalgia.

ANNA: Yo no volveré nunca.

HENRIK: Ya lo sé.

ANNA: Nunca, digas lo que digas.

HENRIK: Lo sé.

ANNA: He sufrido una angustia espantosa. Me he sentido como una traidora. Ya estoy mejor. No vengas a destruirlo todo de nuevo. No tengo fuerzas.

HENRIK: No tendrás que volver, Anna. Te lo prometo. Le he escrito al pastor primarius aceptando. En otoño nos trasladamos a Estocolmo.

Calla y mira hacia el surtidor. Anna espera. Están emocionados y temblorosos, pero hablan tranquilamente, las voces son tranquilas. Ella está sentada y él está sentado ahí. Cada uno en su banco.

ANNA: ¿Qué querías decir?

HENRIK (sonríe): Yo no tengo madera de mártir. No basta con buena voluntad.

ANNA: Tal vez no nos perdonemos nunca.

HENRIK: ¿No quieres, pues, que continuemos?

ANNA: Entiende que sí quiero. No quiero otra cosa. Eso es lo único que quiero.

Después, no saben qué decir. Por eso se quedan sentados, en silencio, un largo rato, cada uno en su banco y con sus pensamientos. Anna está seguramente ocupada con consideraciones prácticas relacionadas con el próximo traslado.